

NOTAS DE VIAJE

Por Tomás SEGOVIA

IV

Florenia

ESTAR EN Florenia da un poco de vergüenza. Es demasiado hermoso. La hermosura tiene esta característica: que es radicalmente injusta. Fueron los griegos, me parece, quienes mejor vieron esto, ellos que no sólo aceptaron el destino ferozmente injusto que Elena les deparaba, sino que incluso veían y exaltaban la otra cara de la medalla: lo que a su vez la injusticia tiene de hermoso. Es decir la tragedia.

Florenia, claro está, no es trágica. Pero es hermosa y esto es injusto. Toda verdadera hermosura es desgarradora, porque es en sí misma una exigencia que nunca podremos satisfacer plenamente. Florenia, bien mirada, no escapa a esta regla. En el fondo, aunque tan a menudo finjamos ignorarlo, las dos grandes exigencias del hombre son la hermosura y la justicia. Todo el deseo de orden, de conocimiento, de explicación global y consecuente — todo el deseo racional es deseo de justicia, de justicia objetiva y cósmica, de "némesis". Y todo el deseo de felicidad, de amor, de alegría y hasta de placer es deseo de hermosura.



Son dos exigencias totales, y por eso, aunque son sólo diferentes, parecen contrarias. El hombre se inclina alternativamente hacia una u otra de estas exigencias. Nuestra época tiende sobre todo a la justicia. La época en cambio en que Florenia está en su esplendor parece estimar más que nada la hermosura.

Miguel Angel es por excelencia la expresión de esta pasión, de la pasión desenfrenada de la hermosura, con su gesto admirable y feroz. Para mí hay una dimensión de Florenia que sólo se entiende bien después de haber visto la escultura de Miguel Angel y de los otros florentinos. Lo primero que ve uno de Florenia (lo que sale en las postales) es la elegancia, la gracia, la preciosidad. Esto es lo que le da su aspecto melancólico, absorto y como amenazado, pues la gracia en este mundo lleva siempre un velo de tristeza que no es sino la fragilidad de su dulzura. Pero también, poco a poco —y aquí es donde Miguel Angel sirve de metáfora reveladora— va uno sintiendo de qué está hecha esta dulzura; cuánta fuerza, cuánta violencia incluso

hay por debajo de todo eso, sosteniéndolo y haciéndolo vibrar, dándole aliento y haciéndolo dulzura viva que irradia luz y no triste belleza muerta.

Hermosura y belleza no son lo mismo. Nuestra lengua tiene de pronto estas riquezas nada sutiles, sino de una estupenda esencialidad. Los verbos *ser* y *estar* ahorran un trecho inmenso al pensamiento. Los nombres *hermosura* y *belleza* son un poco paralelos a estos verbos.¹ La belleza es como hermosura cristalizada, endurecida, detenida; es como un resultado de la hermosura, la cual en cambio es algo cargado de energía y apenas estético. Una mujer hermosa es toda una hembra fuerte, sana, palpitante, rica de vida y amor, capaz de tener muchos hijos. De otro modo sólo sería bella.

Florenia es bella *después*, pero en primer lugar es hermosa aunque veamos antes su belleza. Como Miguel Angel, ofrece una cara preciosa y estética, lineal y estilista, de museo y casi de mueble fino. Pero la hermosura de Miguel Angel no es todo esto, sino el hambre con que lo devora. Su hermosura, su grandeza consiste en que eso no le basta, en que la belleza para él no es más que pasto, combustible que alimenta el horno profundo y rugiente de su vida. Hay un "fenómeno Miguel Angel" del que las estatuas conservan huellas y heridas, del que son, como decía Valéry, "vestigios". Lo hermoso es ese "fenómeno", ese viento que sopla entre el bosque de sus estatuas y no termina en ellas. Lo hermoso es el hambre. La belleza no es el fin del arte, sino sólo su cuerpo. En los museos quieren tener el arte de cuerpo presente, embalsamado y tieso en medio de ese aire estéril de autoclave que rodea a las momias. Pero no pueden; todos los museos están recorridos por secretos vendavales, y es significativo que precisamente en Florenia las esculturas más egregias estén en plena calle, en medio del viento verdadero, libre y turbulento. Hay quienes creen así que la ciudad entera es un museo, cuyo tamaño récord les llena de académico entusiasmo. Para mí, al contrario, es precisamente esto lo que la salva de ser un conjunto de museos. La ciudad tiene estas dos caras, y sólo de nosotros depende cuál nos enseña. Hay la Florenia bella y la hermosa, la de la pintura y la de la escultura. Dicen que Florenia es la pintura; yo me quedo con la otra Florenia, la de los escultores vigorosos y arrebatados, a veces hasta un poco tremebúndicos, que parece que esculpen con la vehemencia con que los toros embisten, la de Verrocchio, la de San Jorge de Donatello, la de Miguel Angel. Preferir un precioso cuadro de Botticelli a una imponente escultura de Verrocchio, o una exquisita Virgen de Rafael a un apabullante grupo de Miguel Angel es tal vez cues-

¹ Nótese que "es hermoso" suena muchísimo mejor que "es bello"; y creo que Darío dijo "esta linda la mar, pero hubiera dicho "es hermosa".



tión de gusto — sobre el cual hay tanto escrito. Pero entre el hambre de uno u otro, entre lo radical que cada uno aporta al mundo como "él", como vida única y unitaria, irreductible e irrepetible, como llamada que ilumina el mundo con su luz distinta; entre las vivencias (o, como dice Américo Castro, "vididuras"), entre eso no se prefiere sino que se decide — se *incide* — y eso ya no es cuestión de "gustos".

Por eso Miguel Angel me parece ayudarnos a descubrir una dimensión más de Florenia — una dimensión más de todo. Cuando uno ha entendido, "vivido" la diferencia que hay entre su belleza preciosa (y hasta amanerada) y al de Botticelli; cuando uno ha visto que Miguel Angel se *permite* lo precioso, mientras que Botticelli se lo *propone*, entonces Florenia nos presenta otro rostro y otro gesto. Esta diferencia no está en el arte, sino en el hombre. Es lo que le hace ser *éste* y no cualquier otro, *alguien* y no algo. Las obras son tal vez igualmente bellas. Por eso, en última instancia, la estética no puede decidir nada en cuanto a calidad. No conozco lectura más desilusionante que la de los libros de estética. Al final la *Ilíada* y *El murciélago aleroso* resultan indiferentes. Es cuestión de gustos y un gusto bien vale otro. La estética considera las obras de arte como objetos, enfoca la belleza como objeto del gusto. Pero el arte compromete mucho más que nuestro gusto, nos compromete enteros; lo cual quiere decir que estamos dentro, y no se puede estar dentro de un objeto.

Pero volvamos a la hermosura. Por debajo de la bella Florenia estética palpita la otra Florenia, la del llamado profundo y desgarrador, deslumbrante de esa hermosura de la que suele decirse que "arranca lágrimas" y que "corta la respiración", noble y elegante como un animal, inundada de colinas dulces y cipreses amargos, atravesada por el Arno que le corre por la espalda como sin peso, como un escalofrío dulce y ancho: la Flo-





rencia de los jardines sombríos como pasiones, del Ponte Vecchio abrumado de vida humana, la Florencia hoyada, recorrida, pisada, mancillada y cuya pureza permanece imperturbable.

Florencia es el ideal de aquel ranchero que quería que las ciudades las hicieran en el campo. Las villas que la rodean son la más pura expresión de esa aristocracia de lo rústico que para mí es la única inteligible. Toda ella es como esas villas: no ha desplazado a la campiña, sino que se ha instalado en ella. La ciudad misma como tal es rústica, es arquitectura de campo o de ribera, con un pardo terroso de hierba seca, grandes aleiros cuya línea tiene una elegancia de golondrina que sólo se entiende en el aire fresco del campo. Las casas y hasta algunos palacios tienen algo de grandes carretas de bueyes, parece que dentro va a haber heno y espliego. Los atardeceres, las nubes, las lluvias tampoco son del todo urbanos.

Para mí este carácter campestre es importantísimo; es lo que hace que la hermosura de Florencia no sea la de una ciudad, sino la hermosura del mundo. No es sólo algo que nos guste, es algo también que deja el corazón herido, un exceso doloroso de dulzura, un enamoramiento. Como expresión de esta hermosura y de este amor, la gracia melancólica de Florencia tiene otro sentido. No es casual que los grandes enamorados de la vida y de la hermosura del mundo, del Arcipreste a Lope, de Villon a Apollinaire, de Shakespeare a Hölderlin o de Carducci a Ungaretti tengan siempre como un fulgor de melancolía. Es este exceso mismo de la hermosura y de la dulzura que ante ella nos invade, que no nos cabe en el pecho y lo dilata en suspiros. Porque la hermosura no es sólo una promesa de felicidad, sino ante todo una imperiosa exigencia de felicidad. La hermosura de Florencia es de esta estirpe; despierta una alegría insobornable, irrenunciable, que brilla lo mismo en la risa que en la tristeza. La exigencia de la alegría es la exigencia de decir sí, y es desgarradora porque nunca podremos decir sí del todo, sin sombra y sin resquicio. Nos es imposible amar la vida en todas sus formas, aunque esto tal vez no sea por moral, sino precisamente el origen de la moral.

Pero esta vergüenza de que hablaba al principio es en realidad metafórica; es más bien una tentación de vergüenza, un momento de vacilación, una duda. En Florencia, como en todos los sitios donde la hermosura se despliega en su espléndida desnudez, todos los arrepentimientos palidecen. En esos momentos, aunque luego se desvanezca, una evidencia nos deslumbra: que no debemos nunca avergonzarnos de la alegría y de la dicha, que son injustas, pero sin las cuales nada, ni la justicia misma, tiene sentido.

ARTES PLASTICAS

LA LIBERTAD DE LOS CEVALLOS

Por Justino FERNANDEZ

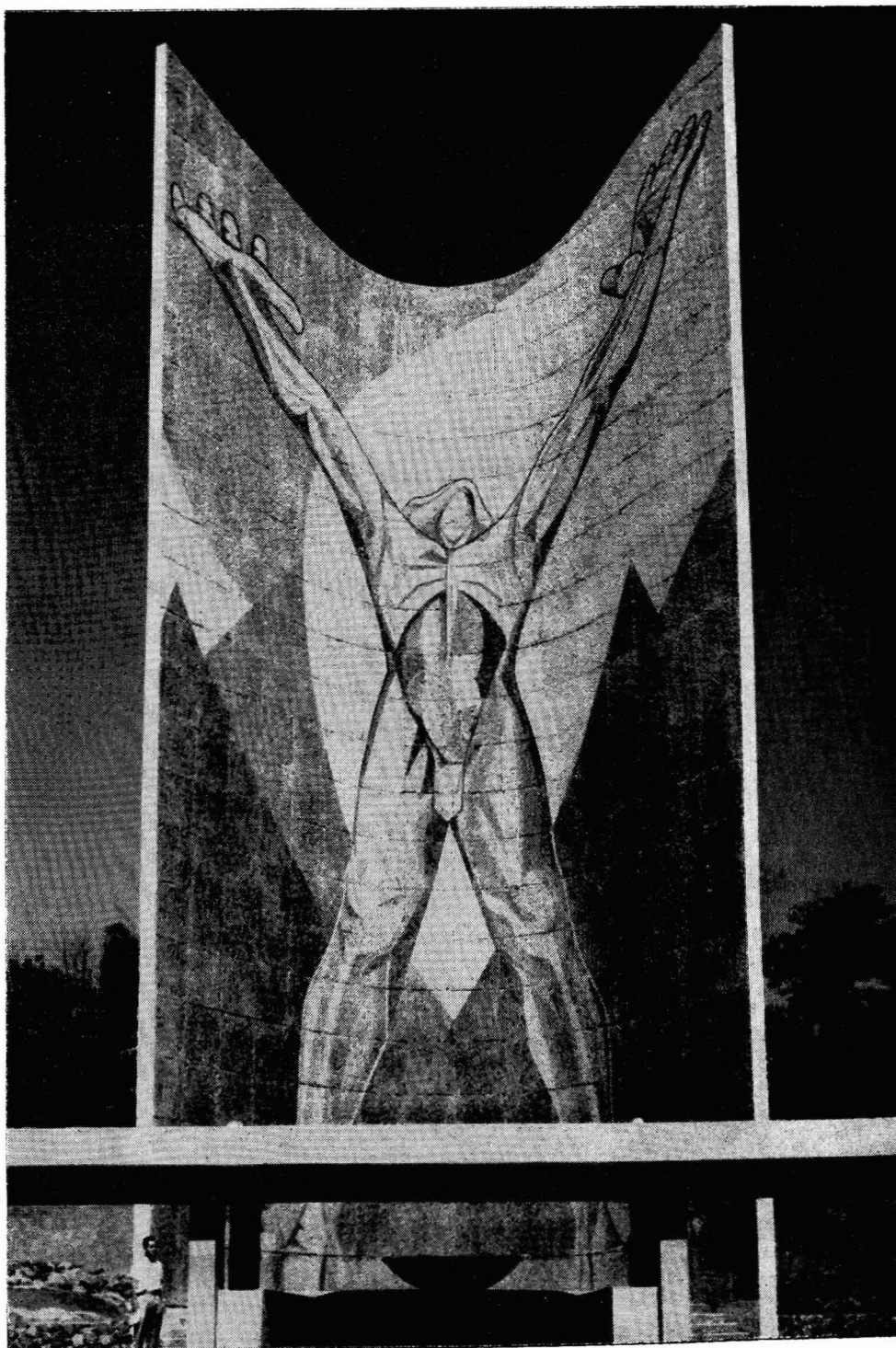
Lo conocí cuando era más verde de lo que aún es; pero ha ido madurando. Solía venir a mis clases, en "Mascarones", y me atrajo su aire romántico. Después me enteré quién era y un día me mostró algo que había escrito, algo atroz por lo descarnado, pero fuerte y que daba idea de sus inquietudes. Pensé que había heredado el genio de su padre. No lo volví a ver.

Más tarde supe que se había casado y que estaba en El Salvador, su mujer era de aquellas tierras. Todavía transcurrió el tiempo antes de tener noticias suyas, a través de su padre, quien me mostró algunas fotografías a color de un mural que había realizado la joven pareja: Violeta y Claudio Cevallos. El intento y el esfuerzo eran buenos, pero no alcanzaba aquello la calidad que era de desearse,

sin embargo, mostraba las capacidades de esos artistas. Y pasó el tiempo.

Nuevamente aparece Claudio Cevallos en México y me muestra las pruebas de otra obra suya y de su mujer, un gran mosaico realizado en piedras de colores en el Monumento a la Revolución construido en San Benito, futuro centro gubernamental de la República del Salvador. El monumento, obra de los arquitectos Schulze y Reyes, es bien interesante por su sencillez y buen efecto, que ha sido realizado con la obra de los Cevallos, trabajando en equipo.

Mas ¿dónde han estudiado, o de dónde ha salido esta pareja? Ella trabajó en obras murales en México, como ayudante de Diego Rivera; él había estudiado en San Carlos, se trata pues de artistas con antecedentes y con raigambre en nuestra



"se logró una estructura armónica, un muro curvo abierto al cielo"